



GRADO:	TERCERO	ASIGNATURA:	ESPAÑOL	PERIODO	04 al 08 de Octubre.	FECHA DE ENTREGA	09 de Octubre.
TEMA:	Resúmenes					SEMANA	RECUPERACION 4
PROPÓSITO/APRENDIZAJE/ENFASIS							
Elabora resúmenes que integran la información de varias fuentes.							
ACTIVIDAD							
<i>Si no estuvo presente en la video-clase realizaras ambas actividades y enviarás tus evidencias.</i> Actividad 1.- Los profesores, expondrán durante la clase “un resumen y una síntesis” de un mismo texto (El Reloj del Abuelo). Actividad 2.- Los alumnos, realizarán de igual forma “un resumen y una síntesis” con otro texto (La Gloria de los Feos). <u>No olvides tomar tu evidencia bien enfocada y adjuntada en un solo archivo y colocar siempre el nombre completo, grado y grupo a todas tus actividades.</u> Total, de fotografía a enviar: 3 Nota: Se adjuntan debajo de este formato los textos correspondientes al resumen y a la síntesis a trabajar en clase: “El reloj de Abuelo y la Gloria de los Feos”.							

Grupo	Profesor (a)	Correo
A y B	Ernesto Cortés Pinos	ernesto.cortes.pin@edomex.nuevaescuela.mx
C y D	Oscar Gilberto Flores Rangel	oscar.flores.ran@edomex.nuevaescuela.mx



“El Reloj del Abuelo”.

Ideas Principales:

1. La madre le entrego un paquete de papel craft a Pablo (nieto).
2. Le hubiese gustado al abuelo decirle algo más al nieto
3. Se sentó en la alfombra y desenvolvió el paquete resaltando una postal que producía un reloj de pared, de madera con una esfera grande en la parte superior, de números romanos, y un largo péndulo dentro de la caja.
4. No era una postal, era una foto con un escrito en la parte posterior de Pablo Salazar (abuelo).
5. A pesar que había muchos recuerdos del abuelo e imágenes que con el tiempo fueron desvaneciendo él las quiso evocar con postales, hubo una fotografía distinta de un reloj, pero de un reloj no cualquiera.
6. El nieto se percató que había un reloj detrás de la puerta de la biblioteca del pueblo similar (replica) al que contemplaba su abuelo en sus relatos detrás de la foto.
7. El abuelo mando hacer una réplica del “reloj patrón”.
8. El reloj es el hermano menor del verdadero al cual le dio mantenimiento por mucho tiempo de su vida laboral y se convirtió en un personaje de la novela de su vida.
9. Pablo (nieto), pensó que el reloj patrón era más impresionante de lo que describió el abuelo y que encontró entornos relacionados al cuento de Moby Dick.

Resumen.

Tras la partida del abuelo de Pablo (nieto), su madre le entrego un paquete, cosa que el abuelo hubiese querido entregárselo el mismo y charlar con él, aunque no fue así. Pablo, abrió el paquete en su alfombra y se percató de entre tantas cosas de una foto desgastada traía unas palabras escritas en la parte posterior, de su abuelo, Pablo Salazar. Las cuales describían anécdotas de sus postales y en particular la de la foto desgastada que capturaba un reloj. Pero no un reloj cualquiera, lo manifestó el abuelo de Pablo en el relato escrito, ya que describía el reloj como un “reloj patrón” excepcional al cual le dedico parte de su vida laboral en mantenimiento del mismo como apego a su impresionante admiración a este. Y, no obstante, mandó a replicar dicho reloj que se mantuvo durante mucho tiempo en la biblioteca del pueblo.



SINTESIS.

El abuelo dejo algo para mí y en esta síntesis se encuentran los detalles.

Ideas Principales:

- Mi madre me entregó un paquete de papel craft que había dejado mi abuelo
- En mi cuarto desenvolví el paquete cuadrado
- Dentro había una edición de Moby Dick, una caja de cartón con postales en blanco y negro y una libreta de tapas negras
- Una de las postales reproducía un reloj en la pared, de madera con una esfera grande en la parte superior de números romanos y un largo péndulo dentro de la caja
- La postal del reloj era diferente a las demás y tenía la letra del abuelo
- El nombre de mi abuelo era Pablo Salazar y me había escrito una carta
- En esa postal el abuelo hablaba de sus historias, sus viajes y sus recuerdos.
- El abuelo en la carta le confiesa que la del reloj no es posta sino una foto
- Era un reloj que había en una casa del pueblo que tenía biblioteca y el nieto lo recordó
- Era un reloj muy especial, se le llamaba “reloj patrón” y para el abuelo era el más importante.
- Cuando el nieto creció fue a la capital a buscar el reloj y encontró situaciones relacionadas a los cuentos de Moby Dick.

CONCLUSIÓN:

Los objetos que durante nuestra vida vamos teniendo forman parte de nuestros recuerdos y a algunos de ellos les tomamos más valor y cariño, ya sea por una u otra cosa. Además, es importante comprender que lo que está en nuestra familia también nos pertenece y debemos cuidarlo, por el mismo respeto y honor de nuestras familias. Así como el reloj que representaba una serie de recuerdos importantes con los que se identificaba el abuelo, que al final eran el patrimonio de su familia.



“La Gloria de los Feos”.

Me fijé en Lupe y Lolo, hace ya muchos años, porque eran, sin lugar a dudas, los raros del barrio. Hay niños que desde la cuna son distintos y, lo que es peor, saben y padecen su diferencia. Son esos críos que siempre se caen en los recreos; que andan como almas en pena, de grupo en grupo, mendigando un amigo. Basta con que el profesor los llame a la pizarra para que el resto de la clase se desternille, aunque en realidad no haya en ellos nada risible, más allá de su destino de víctimas y de su mansedumbre en aceptarlo.

Lupe y Lolo eran así: llevaban la estrella negra en la cabeza. Lupe era hija de la vecina del tercero, una señora pechugona y esférica. La niña salió redonda desde chiquitita; era patizamba y, de las rodillas para abajo, las piernas se le escapaban cada una para un lado como las patas de un compás. No es que fuera gorda: es que estaba mal hecha, con un cuerpo que parecía un torpedo y la barbilla saliéndose directamente del esternón.

Pero lo peor, con todo, era algo de dentro; algo desolador e inacabado. Era guapa de cara: tenía los ojos grises y el pelo muy negro, la boca bien formada, la nariz correcta. Pero tenía la mirada cruda, y el rostro borrado por una expresión de perpetuo estupor. De pequeña la veía arrimarse a los corrillos de los otros niños: siempre fue grandona y les sacaba a todos la cabeza. Pero los demás críos parecían ignorar su presencia descomunal, su mirada vidriosa; seguían jugando sin prestarle atención, como si la niña no existiera. Al principio, Lupe corría detrás de ellos, patosa y torpona, intentando ser una más; pero, para cuando llegaba a los lugares, los demás ya se habían ido. Con los años la vi resignarse a su inexistencia. Se pasaba los días recorriendo sola la barriada, siempre al mismo paso y doblando las mismas esquinas, con esa determinación vacía e inútil con que los peces recorren una y otra vez sus estrechas peceras. En cuanto a Lolo, vivía más lejos de mi casa, en otra calle. Me fijé en él porque un día los otros chicos le dejaron atado a una farola en los jardines de la plaza. Era en el mes de agosto, a las tres de la tarde. Hacía un calor infernal, la farola estaba al sol y el metal abrasaba. Desaté al niño, lloroso y moqueante; me ofrecí a acompañarle a casa y le pregunté que quién le había hecho eso. “No querían hacerlo”, contestó entre hipos: “Es que se han olvidado”. Y salió corriendo. Era un niño delgadísimo, con el pecho hundido y las piernas como dos palillos. Caminaba inclinado hacia delante, como si siempre soplara frente a él un ventarrón furioso, y era tan frágil que parecía que se iba a desbaratar en cualquier momento. Tenía el pelo tieso y pelirrojo, grandes narizotas, ojos de mucho susto. Un rostro como de careta de verbena, una cara de chiste. Por entonces debía de estar cumpliendo los diez años. Poco después me enteré de su nombre, porque los demás niños le estaban llamando todo el rato. Así como Lupe era invisible, Lolo parecía ser omnipresente: los otros chicos no paraban de martirizarle, como si su aspecto de triste saltamontes despertara en los demás una suerte de ferocidad entomológica. Por cierto, una vez coincidieron en la plaza Lupe y Lolo: pero ni siquiera se miraron. Se repelieron entre sí como apestados.

Pasaron los años y una tarde, era el primer día de calor de un mes de mayo, vi venir por la calle vacía a una criatura singular: era un esmirriado muchacho de unos quince años con una camiseta de color verde fosforescente. Sus vaqueros, demasiado cortos, dejaban ver unos tobillos picudos y unas canillas flacas; pero lo peor era el pelo, una mata espesa rojiza y reseca, peinada con gomina, a los años cincuenta, como una inmensa ensaimada sobre el cráneo. No me costó trabajo reconocerle: era Lolo, aunque un Lolo crecido y transmutado en calamitoso adolescente. Seguía



caminando inclinado hacia delante, aunque ahora parecía que era el peso de su pelo, de esa especie de platillo volante que coronaba su cabeza, lo que le mantenía desnivelado. Y entonces la vi a ella. A Lupe. Venía por la misma acera, en dirección contraria. También ella había dado el estirón puberal en el pasado invierno. Le había crecido la misma pechuga que a su madre, de tal suerte que, como era cuellicorta, parecía llevar la cara en bandeja. Se había teñido su bonito pelo oscuro de un rubio violento, y se lo había cortado corto, así como a lo punky. Estaban los dos, en suma, francamente espantosos: habían florecido, conforme a sus destinos, como seres ridículos. Pero se les veía anhelantes y en pie de guerra. Lo demás, en fin, sucedió de manera inevitable. Iban ensimismados, y chocaron el uno contra el otro. Se miraron entonces como si se vieran por primera vez, y se enamoraron de inmediato. Fue un 1o de mayo y, aunque ustedes quizá no lo recuerden, cuando los ojos de Lalo y Lupe se encontraron tembló el mundo, los mares se agitaron, los cielos se llenaron de ardientes meteoros. Los feos y los tristes tienen también sus instantes gloriosos.

Rosa Montero, "La gloria de los feos", en *Amantes y enemigos. Cuentos de parejas*. Madrid: Alfaguara, 1998, pp. 112-114.